11327

LA ESCENA ESPAÑOLA
GALERIA LÍRICO-DRAMÁTICA

UNA VÍCTIMA INOCENTE

HUMORADA CÓMICA

EN UN ACTO Y EN VERSO

original de

D. MANUEL RODRIGUEZ SAAVEDRA.

MADRID
Imprenta de «La Escena Española»
Carretera de Aragon, 5, hotel 2.°
1881

18

UNA VÍCTIMA INOCENTE

UNA

VÍCTIMA INOCENTE

HUMORADA CÓMICA

EN UN ACTO Y EN PROSA

original de

D. MANUEL RODRIGUEZ SAAVEDRA.

Representada por primera vez en el Teatro SALON ESLAVA la noche del 20 de Noviembre de 1878.

MADRID
TIPOGRAFÍA «LA ESCENA ESPAÑOLA.»
Carretera de Aragon, núm. 5, hotel 2.°
1881

REPARTO

PERSONAJES.		ACTORES.
Catalina	SRAS.	CRUZ.
Susana	»	MAVILLARD.
El tio Lino	SRES.	MESEJO.
Isidorito	»	ARANA.
El alcalde	»	PELUZZO.

Esta obra es propiedad de su autor y pertenece en administracion á la Galeria lírico-dramática *La Escena Española* de los Sres. Asensio, Maciá y Compañía, y nadie podrá sin permiso de éstos reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor, se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados representantes de la Galería *La Escena Española* son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion, y de cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A DON SALVADOR MOSSO Y VALERO.

Te dedico este disparate por tres razones: primera, porque como eres todavía muy chiquitin, no comprendes lo poco que vale; segunda, porque te acuerdes cuando seas mayor de que te queria mucho tu tio... Suponiendo que yo me muera ántes de que llegue esa época; y tercera, porque mientras te escribo esta dedicatoria me figuro verte y que te estoy abrazando.

Tu tio,

MANUEL.

674582

ACTO ÚNICO

Casa blanca, dos puertas á la izquierda; una idem á la derecha, en segundo término: al foro ventana á la izquierda, de esta un arcon grande á la derecha; en primer término una mesa con tapete largo, y sobre ella un velon encendido, varios sacos de harina en diferentes sitios, sillas de madera, etc., etc.

ESCENA PRIMERA.

CATALINA *y* SUSANA.

Aparecen, Catalina cosiendo al lado de la mesa, y Susana asomada á la ventana oyendo cantar á Isidorito.

Isid. (*Cantando desde el patio.*)
No puedo dormir de noche
desde que te conocí,
yo no sé si es que estoy malo
ó que me acuerdo de tí.

Catal. (*Deja la costura y se dirige á cerrar la ventana.*) Bueno, basta ya de canciones, de suspiros y de tonterías, porque si acierta á salir tu tio no vá á ser mala serenata la que nos encaje.

Susan. No lo crea usted, tia, si esta tarde cuando se fué á dormir la siesta, despues de estar jugando conmigo más de una hora á la brisca, le noté que se iba muy contento.

Catal. Sí, lo que es á las horas de irse á la cama siempre está de buen humor; pero por las mañanas

y durante el dia, el demonio que le sufra; y digo tratándose del tal Isidorito.

Susan. Pues no sé por qué le tiene tanto coraje porque ignora tambien que es mi novio.

Catal. Ya, pero en cambio tiene celos de él.

Susan. ¡Tia!

Catal. ¿Qué quieres, sobrina? Siempre que le nombro al tal Isidorito es lo mismo que si le pusieran banderillas de fuego, porque como yo empiezo por enumerar sus buenas cualidades, es claro, esto es lo que más le irrita.

Susan. ¿Y por qué habla usted bien de él?

Catal. Digo, si te parece, hablaré mal, y entonces no sé cómo quieres que consienta en vuestro casamiento.

Susan. Es verdad.

Catal. Pues bien, si digo que es guapo, que es honrado y que es trabajador, en seguida se encoleriza y dice que tiene sospechas de que me pretende á mí.

Susan. ¡Qué disparate!

Catal. Yo te diré, tanto como disparate... Pero tu tio llega, variemos de conversacion.

ESCENA II.

CATALINA, SUSANA *y* LINO.

Lino. Malo, malo, malo, andamos ya de chismorreos; qué plan meditareis vosotras.

Catal. Qué plan ni que calabazas; estoy encargándola que haga lo que tú debieras hacer, gandulazo. Anda, Susanita, date una vuelta por el molino y entérate si ocurre alguna cosa.

Susan. Voy, tia. (Así veré á Isidorito en la calle.) Hasta luego, tio Lino.

ESCENA III.

CATALINA, LINO.

Catal. Mejor fuera que en lugar de estar tendido á la bartola todo el santo dia, estuvieses cuidando del molino, y no que la pobre Susana está hecha una negra, cuidando de cosas que tú sólo deberías cuidar,

Lino. Mira, Catalina, no te incomodes, que desde mañana así lo haré; con que no hablemos ya más de esto. ¿Eh? Hoy estoy muy contento. Y no sé por qué; esta es la verdad.

Catal. (Entónces aprovecharé la ocasion á ver si consigo algo en favor de Susana y del pobre Isidorito.) Pues bien, ya que estás contento, voy á decirte una cosa; pero me has de escuchar sin incomodarte, por lo ménos hasta que me hayas escuchado del todo.

Lino. Bueno mujer, cuenta con ello.

Catal. Pues es el caso, que el pobre Isidorito...

Lino. Rayos y truenos, pero esta mujer me vá á sacar á mí el sol de la cabeza: la tengo á usted prohibido nombrar á semejante chisgaravís, y sin embargo, usted *erre* que *erre*. En cuanto eche la vista encima á ese mico, voy á cometer un miquicidio.

Catal. Un burricidio cometería yo cada vez que te veo.

Lino. ¡Ah! la infame le defiende todavía. Para esto me casé contigo; si lo hubiera sabido, ántes de pisar los primeros escalones de la Vicaría, la punta de un puñal...

Catal. Ay, quién hubiera podido decírtelo entonces, no me vería yo ahora tan desesperada como me veo.

Lino. (*Con misterio.*) ¿Pero qué es lo que tú crees que hubiera yo hecho con la punta de aquel puñal?

Catal. Toma, matarte.

Lino. Cá, no; si es que te hubiera asesinado á tí como á un mochuelo, infame.

Catal. Pero Lino, considera...

Lino. Yo no considero nada, estamos, y en cuanto eche la vista encima á ese mamarracho... tiembla por él... (*Váse.*)

ESCENA IV.

CATALINA, *despues* SUSANA.

Catal. ¡Buena la hemos hecho!... Yo que sólo trataba de ver si conseguía interesarle en favor de Isidorito para que consintiera en casarle con nuestra sobrina, y vea usted por dónde lo he echado más á perder, y todo por la maldita manía que le ha dado de creer que es á mí á quien quiere.

Susan. Tia, tia, que contenta vengo; he visto á Isidorito en el camino del molino, y me ha dicho tantas cosas.

Catal. ¿Sí? pues mira, es menester que procures verle todo lo menos posible, porque tu tio cada vez está más furioso con él, y me ha jurado hace un momento...

Susan. ¿Qué?

Catal. Pues nada, despachurrarlo.

Susan. ¡Qué atrocidad! ¡Pobre Isidorito! Él que está tan delicado del estómago. Y digo, ahora que me acaba de jurar que se casará conmigo en cuanto su tio le compre la botica del pueblo, que se la vende el señor de Zaragatona.

Catal. Pues hija, aunque se la regale el señor de Bandolinaí, tu tio no quiere, y yo, la verdad, ya no le vuelvo á decir nada.

Susan. Y yo que le habia prometido que entraria un ratito ahora en casa...

Catal. ¡Un demonio!

Susan. Como hemos visto desde lejos á mi tio que iba camino de la ermita, y yo le dije... y él

me dijo... pues nada, que está ahí en el patio esperando.

Catal. Pero muchacha...

Isidor. (*Fuera.*) ¿Se puede?...

Catal. ¡Caracoles! No, señor; cerraremos la puerta. (*Cierra con llave.*)

Susan. ¡Tia!

Catal. ¿Qué quieres, que venga tu tio y le vea en casa y lo despachurre?

ESCENA V.

DICHAS *é* ISIDORITO.

Isidor. (*Asomando por la ventana.*) ¿Dan ustedes su permiso?

Catal. ¡Pero hombre! parece usté un saltamontes; es decir que ni la indirecta de cerrarle la puerta sirve ya de nada?

Isidor. Si va á ser esto causa de un disgusto, me largaré, señora Catalina.

Catal. Pues mire usted, no solamente es eso lo mejor que podia hacer.

Isidor. ¿El qué?

Catal. Eso de largarse, sino que es preciso hacerlo así, porque Lino puede llegar de un momento á otro, y si le pilla...

Isidor. Mire usted, yo estoy decidido á todo y suceda lo que quiera no me meneo de este sitio por todo lo del mundo. Ea, ó soy hombre ó no lo soy; en cuanto venga le pido la mano de Susanita, ¿verdad?

Susan. Yo te diré, bien quisiera que eso pudiera ser; pero es el caso que en lo que dice mi tia tiene razon; si llegara mi tio Lino no te daria tiempo ni para...

Isidor. Sí, sí; como que me va ha sorprender, como si yo fuera tonto, en seguida. Por si acaso venia mientras yo estaba aquí dentro, he dejado de centinela á la puerta de la calle á mi perrito, y como dá la casualidad que el tal

perrito no puede ver al señor Lino ni en pintura desde que tan sólo por morderle en una pantorrilla le tiró un ladrillazo; cátate que en cuanto le vea asomar por la calle, ya está armando una de ladridos, que yá, yá.

Susan. Pero tú no has pensado en que cuando venga mi tio y vea al perro, va á comprender que tú no estarás muy léjos.

Catal. Está claro, hombre, está claro, eso se le ocurre á cualquiera

Isidor. Pues mire usted, ni al perro ni á mí se nos habia ocurrido.

Susan. ¿Y qué haremos?

Catal. ¿Que hemos de hacer? No hay más que salga Isidorito, que le coja y que se le lleve, porque tu tio no tarda dos minutos en volver.

Susan. Ya lo oyes.

Isidor. Sí, ya lo he comprendido, que me largue, bueno, pero usted le hablará: ¿eh, señora Catalina? que en usted confio.

Catal. Bien, hombre, bien, pero váyase usted con doscientos pares de demonios.

Isidor. No, señora, me iré sólo, no quiero tanta compañía. Adios, Susanita de mi vida.

Susan. Adios, Isidorito.

Catal. (*Desde la puerta.*) Que no se olvide llevarse el perro, no se quede olvidado y haga alguna barbaridad con mi pobre Lino.

Susan. Si usted que es tan buena quisiera volver á decir algo á mi tio.

Catal. Pero chiquilla, tú estás loca.

Isidor. (*Sale corriendo y con el perrito debajo del brazo.*) Ya está ahí, señora Catalina, ya está ahí.

Catal. ¿Quién está? ¿dónde?

Isidor. El señor Lino, que al ir yo á salir del portal, le ví que volvia la esquina y... vamos, él no me ha visto á mí, pero... me verá.

Susan. Nó; es preciso evitarlo.

Catal. (*A Susana.*) Cierra la puerta, y usted escóndase en cualquier parte.

Lino. (*Llamando.*) ¡Catalina!

Isidor. ¿Pero yo dónde me meto?

Lino. Abre, mujer, ¡Catalina!

Catal. En este arcon. (*Le meten en el arcon.*)

Susan. Que no ladre el perro.
Lino. ¡Catalina!
Catal. Ya voy, hombre, ya voy.
Susan. Yo me voy dentro, no quiero ver lo que aquí vá á pasar.

ESCENA VI.

CATALINA, LINO, ISIDORITO, *escondido.*

Lino. ¿Me quiere usted hacer el favor de decir por qué estaba echada la llave de esta puerta? Pronto, ¿por qué estaba echada la llave?
Catal. Pues yo te diré, porque tenia miedo á los ladrones: como hace poco que robaron en casa del escribano...
Lino. (*Fuerte.*) Có o, poco, y hace ya cinco años.
Catal. Bien, hombre, bien; pues no hace poco; pero el caso es que robaron.
Lino. Catalina, Catalina, tú vas á dar lugar á que yo cometa una barbaridad.
Catal. Cometes tantas, que ya no me extrañará...
Lino. Dices bien; cometo la de vivir contigo, con una fiera sin domesticar.
Catal. Bueno, se concluyó. ¿Tienes algo más que decir?
Lino. Ya lo creo. Hace un momento que me han dicho que el perro de ese... de ese... que tú sabes, estaba dentro del portal dc esta casa.
Catal. ¿Bien, y qué?
Lino. Que entre ese perro y yo media una cuestion de amor propio, y donde le pille, ó yo, ó él.
Catal. ¿Bien, y qué?
Lino. Que cuando el perro estaba dentro del portal no estaría el amo muy lejos.
Catal. Pero hombre, por Dios, siempre estás con la misma manía, ¿quién te ha dicho que el perro que había en el portal tenía que ser precisamente el de Isidori...
Lino. Chist, calla, no le nombres.

Catal. El demonio del hombre, ahora con el perro... todos los perros se parecen.

Lino. No señora, ese perro no se parece á ninguno más que á su amo, le reconocería entre todos los perros del Universo; nos tenemos una tirria personal hace dos meses...

Catal. Pues mira, le das expresiones al tal animalito y déjame ya en paz: ¡pues hombre!

Lino. ¿Pero y su amo, dónde está?

Catal. Qué se yo de su amo ni...

Lino. (*Cogiéndola del brazo.*) ¿Me dices dónde está?

Catal. Pues bien, sí, dentro de ese arcon.

Lino. Catalina...

Catal. Sí, señor, ahí dentro, ya que usted duda de su mujer, así quiero yo que se convenza, véalo usted, pero enseguida despídase de mí para siempre, mañana mismo pido el divorcio.

Lino. Catalinita, pero hija, si yo no he dudado...

Catal. Usted ha dudado de mí y ahora quiero yo que se desengañe, pero conste que hemos concluido para siempre...

Lino. Perdóname, pero te quiero tanto, que dudo hasta de mí mismo.

Catal. ¿Con que nó quieres mirar al arcon?

Lino. Bueno, mujer, miraré.

Catal. (*Deteniéndole.*) Mira, sí, pero al mirar, puedes decir, mi mujer ha muerto, esta prueba de desconfianza la ha matado.

Lino. Nó, canario, pues entónces no miro.

Catal. Anda, anda si quieres,

Lino. Vaya, que yo no dudo de tí, Catalinita, vamos á cenar, que es tarde, despues á costarnos y despues... á madrugar mucho como te he prometido.

Catal. Vamos. ¿Pero no miras?

Lino. Que nó, mujer; que nó miro. (*Lino se lleva el velon que habrá sobre la mesa y queda la escena á oscuras.*)

ESCENA VII.

ISIDORITO *solo.*

Isidor. Gracias á Dios que se han ido; si tardan un poco más me asfixio. ¡Huy¡ cómo me habré puesto el levisac de los dias de fiesta; nos arreglaremos un poco, porque si me ven así por el pueblo, sabe Dios lo que se creerán. (*Limpiándose.*) La señora Catalina es el mismo demonio: cuidado con el enredo que le armó al pobre señor Lino; yo estaba que no me llegaba la camisa al cuerpo, pero cá, él no se atrevía á mirar en el arcon... sin embargo, por si le dá la ocurrencia de volver, bueno será poner piés en polvorosa; sí, recurramos á la huida... (*En la puerta.*) ¡Ay, Dios mio! si está cerrada la puerta, por la ventana... ¿pero de qué me sirve saltar por ella? luégo me encuentro con la puerta de la calle cerrada: pues señor, esto es más grave; siento pasos; nó, pues yo no me meto en ese arcon otra vez, que ántes estuve á punto de ahogarme, nó señor, prefiero debajo de esta mesa. ¡Canario! que ya me olvidaba de mi perrito... (*Va á sacarlo y se detiene.*) Pero nó, que ya se ha dormido sobre la harina, dejémosle, que luégo en cuanto tenga por dónde escapar iré á sacarle, siempre se estará ahí más calladito, pero ya vienen, escondámonos y que Dios me saque con bien.

ESCENA VIII.

ISIDORITO, LINO.
Isidorito escondido, Lino en calzoncillos y con un candil encendido.

Lino. Ya se ha ido á acostar Catalina y Susana, aprovechemos la ocasion y veamos por dentro este endiablado mueble, no hubiera yo podido dormir tranquilo sin ver lo que hay en él. (*Asustado.*) ¡Eh, quién anda ahí! Tengo tanto miedo á los ladrones que siempre creo que los tengo dentro de casa; desde que robaron la del escribano no paso una sola noche con tranquilidad. Con que manos á la obra, examinemos este trasto. (*Por la misma puerta donde entró él. Al ir á abrir el arcon siente ruido.*) Creí haber escuchado, Dios mio, ¡si será mi mujer! nó, pues á mí no me sorprende en esta operacion: ¿qué diria al ver que he desconfiado de ella? nó, á mí no me vé.. (*Apaga la luz y se mete en el arcon.*)

ESCENA IX.

ISIDORITO, LINO *escondido,* SUSANA *con un velon que dejará sobre la mesa.*

Susan. Sacaremos á Isidorito del arcon, porque estará frito el pobre. (*Se siente dentro del arcon un gran ruido, como producido por la lucha de Lino y el perro. Susana asustada tira la luz y huye.*) Destapemos... que ruido... ¡Ay!... dónde me meto... huyamos...

Isidor. Adios, mi perrito y el señor Lino, se han enzarzado... ¡pobre animalito! (*Sale del arcon Lino con el perro muerto, cogido por el cuello.*

Lino aparece con las señales de haber sostenido una lucha.)

Lino. (*Con gravedad.*) Se verificó el crímen, la victima inocente ha sido sacrificada! este era tu sino, desventurado sér. El horror que mútuamente nos profesábamos ha venido á dar sus trascendentales resultados. Mire usted que era mania, que siempre se habia de atravesar en mi camino. Pero qué se le ha de hacer, le dejaremos descansar en su lecho de muerte hasta luego que le tiremos á la alberca. (*Le mete en el arcon.*) Ajajá; ahora limpiémonos estas manchas, mudas delatoras de mi horrible crímen.

ESCENA X.

ISIDORITO, *despues* LINO *y* CATALINA.

Isidor. (*Llorando.*) Pobre compañero de mi juventud, este es el fin que una indisculpable torpeza de tu amo te ha preparado; adios, adios para siempre.

Catal. (*Dentro.*) ¡Socorro! ¡Socorro!

Isidor. ¡Cielos! La voz de la señora Catalina, y pide socorro; ¡malo! esto si que ya es cosa de saltar por la ventana; más vale esconderme en el patio que dentro de la casa. (*Salta por la ventana.*)

Catal. (*Sale corriendo acabándose de vestir.*) Huye de mi presencia, asesino.

Lino. Pero mujer, ¿desde cuándo ha sido asesino el hombre que mata á un enemigo de su tranquilidad y su reposo?

Catal. ¡Jesús, que hombre! ya te veo montado en el burro... ya te veo subiendo por las escaleras del patíbulo... (*Llorando fuerte.*) quítate de mi vista.

Lino. (*Conmovido.*) Oye, Catalina; pero es posible que por una cosa tan insignificante...

Catal. ¿Insignificante llamas tú dar la muerte á un semejante?

Lino. Tanto como semejante...

Catal. (Pobre Isidorito, qué muerte tan horrorosa habrás llevado entre las manos de este cafre.) (*Fuerte.*) ¡Asesino!

Lino. (*Asustado.*) ¡Ay! Catalina, por Dios, si por una pequeñez como esta, es cierto que pueden hasta... (*Haciendo el ademan de ahorcarse.*) ¿Tú me ayudarás á ocultarme, no es verdad?

Catal. Nó; yo no soy encubridora de crímenes.

Lino. Yo no he tenido la culpa de venir á mirar el arcon, han sido los celos.

Catal. ¿Y los celos te han arrastrado hasta el asesinato?

Lino. Yo te diré, ha sido en defensa propia.

Catal. En defensa propia, cuando el pobre habia sido toda su vida un santo, incapaz de meterse con nadie.

Lino. (*Señalando su pierna.*) Nó, lo que es eso...

Catal. Siento ruido, será la justicia, de seguro.

Lino. Escóndeme, Catalinita.

Catal. Nó, ya te he dicho que no soy tu cómplice.

Lino. Me quieres dejar entregado á mis perseguidores, pues no será, este cordel pondrá término á mi existencia... (*Coge de entre los sacos un cordel y hace ademan de ahorcarse.*)

Catal. (*Gritando.*) ¡Favor! ¡Socorro!

ESCENA XI.

LINO, CATALINA *y* SUSANA.

Susan. ¿Qué ocurre? ¿Por qué da usted esas voces?

Catal. Mira, mira á tu tio, acaba de cometer un asesinato.

Lino. Calla, no pronuncies esa palabra.

Susan. ¿Pero, á quién ha matado?... ¿á quién?

Catal. Desgraciada de tí si lo supieras.

Susan. ¡Cielos! qué sospecha. (*Dirigiéndose á Lino con ademán trágico.*) ¿Usted le ha dado la muerte?

Lino. (*Señalando al arcon.*) Ahí, ahí estaba.

Susan. ¿Le ha visto usted dentro del arcon y le ha asesinado?

Catal. Sí, hija mia, ahí dentro está su cadáver.

Susan. (*Llorando.*) ¡Ay, Dios mio de mi alma, á mí me vá á dar algo!

Lino. (Pues no toman poco á pecho la muerte del perro.)

Susan. (¡Ay!... ¡Pobre Isidorito! todo por venir á verme.)

Lino. Escucha, Susanita, tú que...

Susan. Quítese usted... ¡Socorro!... ¡favor!...

Lino. Susana, ¿qué haces?

Catal. Tiene razon. ¡Favor!... ¡Socorro!...

Susan. ¡Socorro! (*Gritos y confusion; trata de hacerlas callar con súplicas y amenazas.*)

Alcal. (*Llamando.*) Abran á la justicia.

Lino. Llegó el último dia de mi vida.

Susan. (*Llorando.*) ¡Ay, yo me ahogo!

Catal. (*Se abre la puerta; y al presentarse el Alcalde y los alguaciles dice señalando á Lino.*) Ese es el asesino.

ESCENA XII.

DICHOS, *el* ALCALDE *y* ALGUACILES.

Alcal. En nombre de la ley daos á prision.

Lino. ¿Pero señor Alcalde, tan solo por matar?...

Alcal. Es claro, que sólo por matar; pues es una friolera. A ver, entregadme las armas ofensivas.

Lino. Yo no tengo más armas ofensivas que mi persona.

Catal. ¿Y te parece poco?

Susan. (¡Pobre Isidorito!)

Lino. Pero señor Alcalde, si yo lo hice en defensa propia.

Alcal. Basta de disculpas, á ver, (*A los alguaciles.*) separarle de este sitio y hacer retirar á todos, que van á dar principio las primeras averiguaciones y el reconocimiento del cadáver. (*Se llevan á Lino.*)

ESCENA XIII.

CATALINA, SUSANA *y el* ALCALDE.

Aical. (*A Catalina.*) Dígame usted, señora. ¿El señor

Lino, tenía algun resentimiento con el difunto? ¿De qué nacieron estas disenciones? ¿El difunto era del pueblo ó forastero? En fin, diga usted todo lo que sepa en nombre de la ley.

Catal. Pues bien, sí, señor, mi marido le tenía mucho coraje... por... por celos.

Alcal. ¿Y esos celos eran fundados?

Catal. ¡Ay, no, señor!

Susan. No, señor.

Catal. Era el novio de mi sobrina.

Alcal. Adelante.

Catal. El difunto era del pueblo.

Alcal. ¿Del pueblo? á ver, su nombre.

Catal. Isidorito Remolacha.

Alcal. ¡El hijo de don Saturnino! ¡qué atrocidad, pobre muchacho!

Susan. ¡Pobrecito, tanto cómo me queria!

Alcal. Este crímen no puede quedar impune; el fallo de la ley pesará bien pronto sobre la cabeza de ese desgraciado. (*A otros dos alguaciles.*) Acompañar á estas dos señoras dentro de esta otra habitacion, que voy á interrogar al criminal. (*Entra Catalina y Susana en la primera derecha. El Alcalde se asoma á donde entró Lino y llama á los alguaciles.*) ¡Traed al delincuente!

ESCENA XIV.

ALCALDE, LINO *y* ALGUACILES.

Lino. (Qué demonios tendría ese perro que le dan tanta importancia.)

Alcal. Levante usted la cabeza y conteste á mis preguntas, pero diciendo siempre verdad.

Lino. Yo diré la verdad, señor Alcalde.

Alcal. ¡Entre el difunto y usted, existía algun resentimiento interior? ¿De qué nacieron estas disenciones? ¿El difunto era del pueblo ó forastero?... ¿Dónde está escondido el cadáver? En fin, diga usted lo que sepa en nombre de la ley...

Lino. Pues mire usted, señor Alcalde; yo le tenía algo de coraje hacía tiempo, por...

Alcal. Ya lo sé, por celos...

Lino. ¡Qué barbaridad, celos de un animal!

Alcal. No ofenda usted á los muertos. ¿Qué es eso de animal? ¡Pues hombre!

Lino. Bien, señor Alcalde, bien; pues, no señor, no podia ser por celos... por...

Alcal. ¿Pues por qué era ese resentimiento?...

Lino. Porque una tarde al pasar por delante de la puerta de su casa, me mordió en una pantorrilla.

Alcal. ¡Qué atrocidad! (Este hombre despues de cometer el crímen ha perdido la razon.) Bueno, adelante. ¿Dónde está escondido el cadáver?

Lino. En ese arcon. (*Retirándose al lado opuesto.*)

Alcal. ¡Caracoles! El difunto era del pueblo ¿no es verdad?

Lino. Yo le diré á usted; creo que sí, pero no lo puedo asegurar.

Alcal. (*Furioso.*) Pues yo sí; á qué vienen esos enredos, cuando todos sabemos de quién era hijo.

Lino. Saber es, cuando su madre siempre andaba por las calles con unos y con otros.

Alcal. ¡Qué barbaridad! Aún se atreve usted á insultar á una santa que nunca se separó en vida del lado de su marido?

Lino. (*Con extrañeza.*) ¿De su marido?...

Alcal. ¿Que es eso? ¡Va usted á añadir un nuevo insulto, va usted á dudar que estuviese casada! Yo mismo presencié la boda.

Lino. La boda... Bonito papel haría usted allí.

Alcal. Tan prudente... tan callado.

Lino. Claro, casi siempre le llevaban con bozal.

Alcal. Basta, basta; no quiero oir más injurias. (*A los alguaciles.*) Esperadme en la calle con el preso.

Lino. Pero señor Alcalde...

Alcal. Llevadle. (*Le atan los brazos y se lo llevan los dos alguaciles.*) Haremos conducir tambien á su mujer y á su sobrina. (*Entra en la habitacion donde están encerradas Catalina y Susana.*)

ESCENA XV.

ISIDORITO, CATALINA, SUSANA, ALCALDE *y* ALGUACILES.

Isidor. (*Entra con miedo de que le vean por la puerta que se dejaron abierta los alguaciles.*) Si no me engañé, la casa ha quedado sola, porque he sentido salir á los alguaciles y al señor Lino, y detrás irian la señora Catalina y Susana. ¿Qué habrá hecho el pobre hombre? ¿Porqué la señora Catalina pedia socorro y ahora veo que se llevan atado al señor Lino? ¡Ay, Dios mio! pero aprovechemos este momento y saquemos de este maldito arcon el cadáver de mi desgraciado perrito. (*En el momento de abrir la tapa del arcon, salen Catalina, Susana y el Alcalde con los dos alguaciles; al pronto no le ven, pero Isidorito asustado cierra de golpe la tapa y al ruido le descubren.*)

Alcal. (*Saliendo.*) Nada, es preciso. (*Golpe de la tapa.*)

Isidor. ¡Ay!

Todos. El muerto. (*Isidorito queda sentado en el arcon; los demás en diferentes posturas, pero dominados por el miedo: pausa. Desde este momento hasta que ya le reconocen permanecen todos agrupados al extremo opuesto de donde él se halla: esta situacion queda al buen juicio de los actores.*)

Catal. (*En voz baja.*) (¡Qué pálido está!)

Alcal. Naturalmente; como todos los muertos.

Susan. ¡Pobrecito!

Isidor. (Pues señor, estoy divertido, si yo pudiera...) (*Intenta huir, y al verle levantarse, todos corren gritando y quedan agrupados al otro extremo de la escena.*)

Todos. ¡Ay!

Isidor. ¿Pero esta gente por quién me tomará?

Catal. Háblele usted, tenga usted valor, que para eso es usted alcalde.

Susan. ¡Y es claro! ¡Pobre Isidorito!

Alcal. ¡Caracoles! Me atreveré... cerraré los ojos. (*Se dirige hácia Isidorito, pero al verle llegar dá un nuevo grito, y todos hacen el mismo juego y cambio que anteriormente hácia el otro extremo del teatro.*) ¡Diga usted!

Isidor. Pues señor Alcal...

Todos. ¡Ay! (*Pausa.*)

Alcal. Se asustan ustedes de cualquier cosa.

Susan. Ya veo que usted...

Catal. Apártate, sombra.

Isidor. Oiga usted, yo no soy sombra.

Alcal. Espíritu, fantasma ó lo que seas, date á prision.

Isidor. Pero señor Alcalde, si yo no soy fantasma. (*A Susana.*)
¿No conoces á tu Isidorito, Susana?

Susan. Sí, pero estás muerto.

Isidor. ¿Qué he de estar yo muerto, mujer, pues no ves cómo me meneo?

Alcal. ¿De manera que usted no es el muerto?

Isidor. Me parece que no.

Catal. ¿Pues entónces, á quién ha matado mi marido?

Susan. Eso digo yo.

Alcal. Justo. ¿A quién?

Isidor. Toma, pues á quién ha de ser, mírenlo ustedes. (*Saca del arcon el perro muerto.*)

Alcal. ¡Un perro!

Catal. ¿Su perro de usted?

Isidor. Sí, señora, mi perro, el Pichichi, el desgraciado Pichichi, que ha venido á sucumbir á manos de su irreconciliable enemigo.

Alcal. (*A Catalina.*) Oiga usted, ¿y para eso daba tantas voces pidiendo socorro y favor á la justicia?

Catal. Hombre, es que yo creí...

Susan. Justo, creíamos...

Alcal. Que son ustedes dos escandalosas, en fin, (*A un alguacil.*) que entren al preso, y usted debia ir á la cárcel por embustero...

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, LINO.

Lino. (*Al ver á Isidorito.*) ¿Se puede saber que hace usted en mi casa?

Isidor. (Adios mi dinero, ya pareció aquello.)

Catal. ¿Todavía te atreves despues de lo que ha pasado?

Isidor. Justo, despues de haber asesinado á mi pobre Pichichi.

Susan. (*Aparte á Isidorito.*) (¡Cállate!)

Alcal. Bueno, esto ya se ha concluido. Usted queda en libertad.

Lino. ¡Gracias á Dios! Qué susto les he dado á ustedes.

Isidor. (Te veo.)

Susan. Dígale usted algo, tia.

Catal. Vamos á ver, ¿tú quieres evitar para otra vez equivocaciones que pueden costarte caras?

Lino. Ya lo creo.

Catal. Pues deja que tu sobrina se case con Isidorito.

Alcal. Es claro, y qué ha de hacer.

Susan. Consienta usted, tio.

Isidor. Consienta usted.

Lino. Bueno, basta, consiento por una vez.

Alcal. ¡Es natural, hombre!

Isidor. Ay, qué alegria.

Alcal. Pues yo me voy, porque lo que es para bodas maldita la falta que hace el Alcalde, quien hace falta es el cura.

Isidor. ¡Ay, sí, vamos á buscarle!

Lino. Esperarse, que tenemos ántes que ventilar un asunto.

Alcal. ¡Bueno, pues ventílelo usted y despache!

Lino. (*Al público.*)

Y ahora público indulgente
otórganos tu favor,
si no quieres inclemente
que venga á ser el autor
UNA VÍCTIMA INOCENTE.

FIN.